

## Observaciones biológicas sobre insectos chilenos (\*)

POR

Abraham MONTEALEGRE R.

### II.—Los Carabus

Entre los insectos chilenos no hay ninguno que haya sido objeto de tantos estudios de parte de los entomólogos, nacionales y extranjeros, como nuestro vulgar pedorro, conocido también con el nombre de *perquife* por los indígenas del sur de Chile. Es verdad que para ello, hay una razón poderosa: la mutabilidad del colorido en las distintas especies; circunstancia que los entendidos han considerado suficiente para formar una nomenclatura engorrosa y complicada de secciones, variedades, subvariedades, etc.

Muchas son las teorías que tratan de explicar ese fenómeno curioso; sin embargo, parece que la que mayor aceptación tiene hasta la fecha, es aquella que atribuye el cambio de color al influjo que sobre estos insectos ejerce la mayor o menor altura en que viven. Y no se crea que esta teoría es sólo aplicable a estos seres, sino que se ha hecho extensiva también a otros animales.

No hace mucho tiempo, tuve el gusto de proporcionar al distinguido hirudinólogo Mr. Percy Moore, de la Universidad de Filadelfia, dos curiosos y raros ejemplares de sanguijuelas encontradas en esta región (Valdivia); pero en distintas localidades y a diferente altura. Ambos especímenes diferían notablemente por el color: mientras uno ostentaba dos franjas amarillentas laterales en toda la extensión del cuerpo, el otro llevaba sólo una, de color rojizo, en la parte dorsal. Estudiados rigurosamente los dos ejemplares por el especialista norte-americano, llegó a la conclusión de que se trataba del mismo y único animal, modificado seguramente por la altura: la «Cardea valdiviana».

---

(\*) Estas notas comenzaron en el tomo anterior, pág. 177.

A pesar de todo, queda el misterio por resolver. La Naturaleza parece burlarse del hombre, presentándole a cada paso tropiezos y dificultades que enredan más y más este verdadero nudo gordiano.

La imaginación se resiste a creer en ese cambio de ropaje sin que haya habido una causa poderosa que la justifique plenamente. ¿Cómo y cuando comenzó a germinar en el minúsculo cerebro del primer rebelde la idea de cambiar su vieja vestimenta, heredada de sus milenarios ascendientes? ¿Qué razón tuvo en vista para lucir ante el sol esplendoroso un nuevo joyel de pedrerías? Lo curioso es que ese primer revolucionario tuvo en seguida muchos imitadores que fueron multiplicando así la evolución en una gama infinita de colores.....

He construído en un rincón de mi casa un pequeño vivero, en el cual conservo unos veinte ejemplares de dos variedades bien definidas: el *Carabus villarricensis* y el *Carabus buqueti*. He hecho esta mezcla de especies en la esperanza de obtener, si es posible, un cruzamiento entre ellas.

Será una prueba de paciencia y, casi seguro un fracaso; pero estoy convencido de que, a la larga, algo ha de resultar. La verdad es que soy de los que dudan respecto a que la altitud los haya hecho cambiar de color, y casi afirmarí, que toda esa maravillosa variante de colores no es sino producto de selección natural y cruzamiento entre algunas especies bien marcadas.

No me es posible proporcionar a mis huéspedes la comodidades que ellos tienen en sus bosques seculares; sólo he tratado de imitar, lo más exactamente, el medio en que viven. A un lado de su rústico palacio hay un trozo de madera en descomposición, bajo el cual se reúnen los perquifes formando grupitos de cinco o seis con sus cabecitas de esmeralda dirigidas hacia el centro. Ahí permanecen inmóviles en actitud meditativa, día y noche, con su cuerpo pegado al suelo.

¿Qué piensan? Extrañan acaso el silencio profundo de sus bosques o la alfombra de humus que oculta secretos sólo de ellos conocidos?

Por mucho tiempo esta actitud es invariable. Día a día, al levantar el trozo de madera que los cubre, observo que ni siquiera han cambiado de posición.



Entre tanto, me aflige el problema de la alimentación. Sé, naturalmente, que son carnívoros; pero ¿qué alimentos prefieren? Babosas, gusanos, trocitos de carne, etc., he colocado sucesivamente, sin que, al parecer, les llame la atención.

Por fin, después de tenerlos algún tiempo con esas regalías, me abstengo de darles alimento durante una semana, más o menos. Este ayuno forzado produce su efecto inmediatamente: al final del octavo día veo con



Fig. 6.—*Carabus*. Fotografía (original) muy reducida de tamaño.

sorpresa que dos de ellos salen de su guarida con el ánimo decidido de reconocer el campo. A estos siguen otros y así hasta que todos están en movimiento alrededor de la caja que los guarda.

Me proporciono gusanos; divido algunos en partes y dejo sólo uno entero. Con cuidado sumo coloco este alimento en el centro de la vivienda a fin de no espantarlos. Poco a poco se acercan con cierta timidez, avanzan, se detienen, su gula es más poderosa que su miedo y, atacan

a la vez, clavando sus poderosas mandíbulas en el cuerpo aún palpitante de los vermes.

Corren en seguida en todos sentidos, arrastrando consigo la presa. A veces dos perquifes toman el mismo pedazo, tiran entonces en sentido contrario hasta que el más robusto obliga a su rival a soltar; pero no sin haber éste sacado también su parte.

Interesante es ver como se ocultan para saborear, a solas y sin testigos, el fruto de su esfuerzo. Varios de ellos se trepan por las paredes del cajón, otros se dirigen hacia los rincones y, unos pocos, en fin, se esconden en su guarida.

Mientras tanto tres o cuatro han llegado tarde al festín, no sé de donde han salido, parecen desorientados. Sobre el piso endurecido del vivero se arrastra torpemente el gusano entero que trata en vano de enterrarse. Los perquifes se dan cuenta inmediatamente de su presencia: un hermoso villarricense lo acomete, mordiéndolo desapiadadamente más o menos a la altura del clitelo; el anélido se encoje por el dolor, arrolla su cuerpo como una espiral de acero y lo extiende en seguida bruscamente con increíble fuerza. Nuestro cárabo es levantado por el aire y cae dorsalmente con las patas hacia arriba; pero sus mandíbulas, cerradas como tenazas, no han soltado el cuerpo de la víctima. Los otros atacan a su turno y, después de larga lucha, el pobre verme sucumbe herido por mil partes.

Mis perquifes son glotones y de gusto refinado, no desprecian las frutas y sienten predilección especial por las jugosas. Varias veces les he tirado huesos de guindas con un poco de pulpa adherida al endocarpio y las han mondado literalmente; así mismo, gustan de las frutillas, cuyo jugo absorben con fruición.

Pasan los días y nada digno de anotar me ofrecen, por el contrario, veo en algunos de ellos decadencia o, mejor dicho, decrepitud. No de otro modo puede llamarse la pérdida de órganos tan importantes como las antenas o los tarsos de las extremidades posteriores. A principio atribuyo este fenómeno a luchas entre ellos

pero a la pérdida de esos órganos sigue, poco después, la muerte del insecto.

Hoy día me quedan unos pocos sobrevivientes, a los cuales trato con toda clase de consideraciones, esperando por supuesto, que no pasará mucho tiempo, sin que ellos también sigan el mismo camino de sus compañeros de infortunio.

Como lo presentía, comienza el fracaso; pero no me desaliento por ello.

